



Hace 184 años, el filósofo político francés Alexis de Tocqueville previó que los Estados Unidos y Rusia estarían destinados a dominar, en su conjunto, los destinos del mundo.

La profecía podía estar exhalando en 1818, cuando Tocqueville publicó su *Democracia en América*. La literatura democrática idéntica a la burguesa europea con la esclavitud y la tiranía humana; la revolución francesa le otorgó sus ideas políticas y la revolución industrial sus armas económicas. La gran revolución burguesa aprendió a defenderse de sus enemigos monárquicos con métodos populares en Vainoy y de sus enemigos populares (con representaciones políticas en Manchester). Si el régimen a una parte de la humanidad la misma clase habría de perder sus derechos a la universalidad, pronto habría de emerger una urgente legitimación contra la particularidad que la sostenía: el socialismo.

Tocqueville miró más allá del entendimiento decimonónico para decir que mientras todas las otras naciones parecían haber alcanzado sus límites naturales y sólo les correspondía mantenerlos, Rusia y los Estados Unidos aún poseían la capacidad de crecer. "Todos los demás se han detenido, o continúan avanzando con extrema dificultad; sólo Rusia y los Estados Unidos proceden con facilidad y rapidez a lo largo de un camino cuyo límite no puede ser percibido".

La predicción de Tocqueville se postulaba en una confusión: la fe en el progreso. Rusia y los Estados Unidos, entre otras cosas, poseían necesidades dentro de sus propias fronteras, una que los era vedada a las otras naciones más o menos contadas dentro de las democracias que los englobaban, históricamente, desde el XIV al XIX y el XX. Europa sólo podía extenderse mediante el colonialismo; en cambio, Rusia y los Estados Unidos representaban la novedad del estado constitucional, el tipo superior del estado nacido, la "república bien ordenada" de Jean Bodin. En esta república ideal del pensamiento renacentista, la virtud política consistía en sacar al máximo los beneficios políticos del constitucionalismo y los beneficios sociales de la centralización.

Si Colbert, Pitt y sus Parliamentos podían intentar este conjunto de destino de un imperio a escala política moderna, el problema, para Andrew Jackson o el zar Nicolás I, como para sus sucesores a orillas del Potomac o del Mekong, creía tanto como el vasto espacio por dominar. Del Atlántico al Pacífico para los descendientes de la primera potencia del Báltico al Pacífico, para los herederos de la "Tercera Roma" rusa. Tocqueville esperaba entender que este progreso en la inmediatez territorial imponía a ambas potencias una acendrada opinión entre los círculos políticos de la "república bien ordenada".

Siglo y Medio Después

Tocqueville para los Ochenta

Por Carlos Fuentes, especial para "El Mensajero"

En los Estados Unidos, escribió el autor de *La desventura en América*, se fundaban en el interés personal. El americano decía "liber como a la fuerza autónoma y sentido común del pueblo". El ruso, en cambio, "confirma toda autoridad social en un solo brazo". Los Estados Unidos demostraron su espíritu mediante el constitucionalismo pluralista; Rusia el suyo mediante la unidad impone la desde el centro.

No podía escapar a la sensibilidad y gusto por la influencia de algunos como Tocqueville, un abate antes del incidente del Acario, que "los habitantes de los Estados Unidos están surgiendo perfectamente a Texas, donde adquieren fuerza y aunque se agotan a las orillas del país, poco a poco están fundando el imperio de sus propias costumbres y de su propia lengua". La provincia de Texas, añadió Tocqueville, sólo era parte del destino inevitable, pero pronto dejaría de serlo.

En 1918, los Estados Unidos encontraron su "destino manifestado". Llegó el Pacífico, consolidó su espacio continental. En cambio, Rusia, país históricamente más hostil que llevar, como lo recorda oportunamente Trotsky, hubo de esperar hasta la victoria de sus aliados en la segunda guerra mundial para definir fronteras que, solamente en nuestro siglo, le han sido disputadas por el imperialismo japonés, los aliados occidentales de Roosevelt, la Alemania nazi y la República Popular China.

¿Pueden Rusia y los Estados Unidos seguir creciendo? En el espacio, una extensión, mayor parece excluida. Los Estados Unidos, culturalmente, le superan antes que Rusia. California, el principio de la misma continental, se convirtió en el "último sustrato", no por la potencia, como en la visión mítica de López Velarde, sino por su propia empuje de la guerra sin precedentes posibles. A los Estados Unidos les cuesta vivir en la orientación del futuro, y California significa algo intolerable: que el futuro era presente, que el futuro estaba ocurriendo, que el lugar del futuro era ahora (con tiempo y no más allá del espacio).

No en había California en la tierra común de Walt Disney, Raymond Chandler, la Familia Addams y la Familia Mafiosi. Pity Hertz, la Sociedad John Birch y el oculto del Persepolis Fox Jones, derrotó así (además de por Donald Hammett) a su brillante novela "Venga" de los San Francisco. The Great Game, publicada en 1921.

Los Estados Unidos buscaban su prolongación fuera de la ciudadanía continental con una novela de costumbres, espíritu y buena conciencia paritaria. Para los héroes de Hemingway y Fitzgerald siempre había un El Dorado más allá, en los campos de batalla del Po y el Libro, en los sellos que parían de Nairobi, en las guardias que parían de Cap y Nairobi. Los soldados de Wilson y Roosevelt se van a salvar al mundo para la democracia. Los señores de la guerra y los soldados de Johnson saben que ya no rompan ninguna buena acción civilizada: la moral histórica de los Estados Unidos se convierte en la culpa histórica de Vietnam.

Sólo embargo, a través de todas estas vicisitudes, los Estados Unidos han sido fundamentalmente felices a su propia democracia interna. En veinte años, pero a peso, los actos concretos y no con incertidumbres apocalípticas, la población negra ha hecho valer sus derechos. En el siglo, los imperioses europeos, Rusia, Inglaterra, los Estados Unidos, son los que saben mostrar un alto nivel de libertad interna, los imperioses europeos —los doctores del Reich alemán—, las dos divisiones apenas rebasadas del régimen de Moscú —democracias lo contrario.

El espacio ruso es otra cosa. Si la tierra americana es portadora de un sueño de oportunidad y riqueza, la tierra rusa lo es de una salvación. Tierra sagrada, criolita, refugio, el pecado es el aislamiento individual, las recamaras encerradas donde ocurren los crímenes de Tsaritsyn y Yarovskoy; la virtud es la tierra, el espacio sagrado al cual el poder individual se reintegra para encontrar, en la libertad colectiva, la salud. Rusia en China, California, San Diego, y a la par de la India.

2495
sólo sus reglas las grandes estimaciones de Dostoevsky y Tolstói. Esta tierra es sagrada porque es la sede de la unidad del mundo, unidad especial más que material. El matrimonio de la última baronesa de Beauvoir, Lord Peabody, con el zar León III, trasladó a Moscú la herencia política y espiritual de Roma y Constantinopla; el sagrado de la "Tercera Roma", la patria definitiva del hombre espiritual.

Lenin y Stalin secularizaron esta herencia del alma eterna y jugaron así el rol de un imperio duradero que cubra una tiranía literaria pero también una atrocidad universal: la Tercera Roma sería la patria final del socialismo en cuanto mucho universal de la humanidad. La Rusia soviética se convirtió gracias al amor en tiempo, que nunca los más agudos reaccionarios de derecha del siglo XX, los líderes sacristanes del pasado son resucitados y se llaman Nevsky, defensor de la santa ciudad rusa contra la invasión de los tártaros, o John IV el Terrible, constructor de la unidad en torno a Moscú.

La unidad de la tierra rusa requiere, ahora como antes, la negación del pluralismo, en aras de una idea única, control, mística, en la que pueden participar todos los rusos, sí, pero también todos los hombres. Que, en su momento, esa idea haya concurrido la fe de John Reed y Andrei Gide, Roman Rolland y W.H. Auden, Pablo Neruda y Paul Eluard, es prueba suficiente de su atractivo. El desorganizado loco de Lenin y Stalin integraba una fe secular a una burocracia semisagrada: inversión de las papaveras durante los siglos de ortodoxia aliada al zarismo. Sólo tolera permanentemente alética a el zarismo.

Cuanto más tarde y más años después de la profecía de Tocqueville y el después de la revolución de octubre y de la elevación de los Estados Unidos a rango de potencia mundial, los dos primeros estados continentales de la modernidad muestran signos de crisis y tensión.

Los observadores escépticos de la escena norteamericana y soviética, llamados a definir el nombre de las tendencias básicas de ambas naciones, se fueron "nacionalistas" en el caso de los Estados Unidos y "nacionalistas" en el caso de Rusia.

La profecía de Tocqueville tomaría, así, un giro más profundo. ¿Puede la virtud de la sociedad norteamericana, su pluralismo, convertirse en su enemigo y provocar una reacción autoritaria? Y a la inversa, ¿puede un sacramento tradicionalista y religioso abogar a Rusia a admitir opciones de libertad mayores dentro del sistema comunista: un imperialismo tanto frente a un enemigo como reaccionado?

Siglo y medio después. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Siglo y medio después. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

El Mensajero, Siglo, 29-10-1979 P 41

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)